



¿Por qué promovemos y encarnamos un movimiento hacia la Magnanimidad?

Tras redecorar la vida por fuera, muchos seres llegan a una época en la que se plantean una cierta arquitectura interior con independencia del tipo de casa y geografía para ambientar con elegancia el atardecer de sus vidas. Mientras que la decoración exterior es cíclica, coyuntural y efímera ponderando la escenografía, la ambientación interior antepone una cierta coreografía (sutil) cuyos movimientos son inspirados por el sosiego, la quietud y la plenitud incubados por un silencio que quiere retomar el protagonismo que había tenido al momento de nacer. Desde pequeños, algunos venimos fijándonos en aspectos, rasgos y detalles de personajes, hechos y circunstancias que han jalonado nuestra horma mental (espiritual). Y vemos las gafas del mundo resbalándose por una nariz que huele a moda/tendencia e ignora fragancias asociadas con la atención personal, la autenticidad y la compasión ante una vida que pasa por uno, aunque no siempre decidimos pasar por ella. Y nos vamos muriendo..., aunque no de ternura. La ternura está escondida en las pequeñas cosas y pasa por ser el motor de nuestro percurso vital. Mirar por encima de la montura de las gafas del mundo es rebelarse ante una perversa táctica (dirigida desde sus miopes ojos) que querrá imponernos una marca y un tipo de mueble que guardará una cierta ropa, aunque no nos arrope. Le sobrará madera, le faltará ternura...

Todo alecciona y el mundo cual caja de su resonancia es apéndice del libro de ejemplos y virtudes no observadas que usa una persuasión para ofrecerse, y que a nosotros nos debería provocar para reaccionar y aplicarla. Ofrendarnos lo que viene de fábrica (y se trabaja) nos hace inéditos. Y representa tanto o más que lo que se paga en efectivo o a crédito por cualquier cosa material. Mientras discurre el atardecer de la vida (el presente para quien acepta transformar hábitos y rutinas) nos acordamos del amanecer (pasado), sin cerciorarnos que cuanto más vivamos más retrasamos el anochecer. Y la necesidad vital del “aquí y ahora” (tras observar lo que sucede e inspira a un ser consciente) pasa por satisfacerla en comunidades que beneficien a amigos que disfrutan al constituirlos (Carta Magna: constitutiva de nación, no de personas) cuando deciden escucharse para conocerse (refugio socioafectivo) y reconocen su más absoluta complementariedad: la masa busca el horno para convertirse en pan. Pero *¿cómo correspondo y me corresponden por el esfuerzo mancomunado de ambas partes?* Gastar energía para que el otro sea feliz es el mayor acto de amor: a veces, acomodando enseres y muebles tras contribuir en una mudanza; en otros momentos, sentándose a escuchar lo que nos quieren compartir o queramos decir. No hay doctorado sin grado; la academia exige lo que el Ser no ensaya: exploración interior para “magnanimizarse”.

El silenciamiento nos trae sosiego; el sosiego, paz interior y tal paz induce a la inmersión en un “**Magno Mar**” en el que, en contraposición con el Muerto, no se flota, pero bucean los que disfrutan y ayudan a quienes no saben nadar. Nuestro espacio quiso llamarse “**Magnanimous**”, aunque quienes se sumergen en él confirman que no es muy diferente a lo que solíamos llamar “familia biológica” (*núcleo humano que está con su gente en las “duras” y en las “maduras”*).